

LA CONTRARMADA (1589)

José María BLANCO NÚÑEZ
Capitán de navío retirado

Introducción

En esta conferencia trataré de explicar las razones del fracaso de la expedición Drake-Norris, analizando sus fundamentos estratégicos, los errores que cometió, la defensa de La Coruña y de Lisboa o el desgaste producido por las galeras en la escuadra enemiga. En fin, este trabajo pondrá el foco en el desarrollo de una campaña montada como una inversión beneficiosa para sus *accionistas*, que perdieron lo invertido, y en la cual las dotaciones inglesas retornaron mermaidas por el hambre y las enfermedades, y llegaron a amotinarse al no serles abonadas sus pagas.

Semántica

Mi primera preocupación al enfrentarme a este asunto ha sido interrogarme sobre si el nombre de «Contrarmada», con el que conocemos a la de Drake y Norris de 1589, está bien empleado y si ese apelativo se utiliza desde antiguo. Por lo que he podido averiguar, y quizá puedan corregirme, fue bautizada así en el siglo XX y en España.

Si nos atenemos al clásico Clausewitz, el primer objetivo de una fuerza debe ser «la destrucción de la fuerza organizada del enemigo (...) allá donde se encuentre». Los cometidos de esta misión fueron tres:

- explotar el éxito de la derrota de la Felicísima Armada del año anterior;
- auxiliar a don Antonio, prior de Crato, para coronarlo rey de Portugal, por lo cual muchos historiadores ingleses la denominan *British expedition to Portugal*;
- cortar y pillar el tráfico entre América y España.

El designio último de estos tres cometidos era rebajar en lo posible el poder del Imperio español. Ello implicaba alcanzar los objetivos siguientes:

- los galeones y demás buques de la Invencible que se encontraban reparando en varios puertos del Cantábrico, o quizá en Lisboa o Cádiz;
- Lisboa, donde entronizarían al prior de Crato;

- las Azores, donde se basarían;
- las flotas de Indias, el primer objetivo que tuvo en mente Isabel de Inglaterra.

Por tanto, el nombre de «Contrarmada» responde perfectamente al primero de los objetivos: el de explotar el éxito de la derrota de la Felicísima atacando sus galeones supervivientes, diseminados por puertos que no tenían bien determinados. No está tan claro, en cambio, que ese apelativo se ajuste a los dos objetivos restantes, aunque pueda admitirse.

Ahondando en este aspecto semántico, ni Fernández Duro, ni Lafuente, ni otros historiadores del XIX hablan de «Contrarmada». Harry Kelsey, en su biografía de Drake (2004), la titula «Expedición a Lisboa». Nuestro llorado almirante don José Ignacio González-Aller, en el tomo III de la *Historia militar de España* (Madrid 2012), no habla de Contrarmada, sino de la expedición a Portugal con sus «derivadas». En el catálogo de la exposición sobre la Armada 1588-1988 («An international exhibition to commemorate the Spanish Armada», Londres 1988), María José Rodríguez-Salgado, profesora de Historia en la London School of Economics, encargada por el British Museum de redactar su importante *Introduction* (la guía de la exposición), habla de esta expedición en el apartado «After the Armada», sin utilizar el nombre de «Contrarmada».

Por todo ello, creemos que ese *bautizo* es cosa de algunos historiadores del siglo XX y responde principalmente a uno de los objetivos citados, cuya consecución, por cierto, fracasó estrepitosamente, siendo la importante ciudad de La Coruña, y la por entonces pequeña aldea de Vigo, las que sufrieron en sus carnes el zarpazo inglés. También lo sufrirían las tierras portuguesas entre Peniche y Lisboa, siendo esta última el objetivo imprescindible para consolidar el coronamiento del prior de Crato, hecho precipitadamente en Torres Vedras. Las Azores se salvaron debido al agotamiento de la Contrarmada en su intento de alcanzar los objetivos anteriores.

La guerra hispano-inglesa, 1585-1604

La campaña que vamos a analizar se inscribe en el contexto histórico siguiente:

- 1585. Dos *casus belli*: 1) el tratado de Nonsuch (Surrey, Inglaterra), de agosto de 1585, que estableció una alianza militar por la cual Inglaterra enviaría tropas en ayuda de las Provincias Unidas de los Países Bajos, para ayudarla en «la guerra de los Ochenta Años», y 2) la condena a muerte de María Estuardo, reina de Escocia (8 de febrero de 1587).
- 1587. Ataque inglés a Cádiz.
- 1588. Felipe II envía la Felicísima Armada (motejada de «Invencible» por los ingleses).

- 1589. Isabel I manda la Contrarmada para lo ya dicho.
- 1589. Gran campaña corsaria inglesa contra el tráfico marítimo español (flotas).
- 1596. Saqueo de Cádiz por Howard y Warmod; campaña a las Antillas de Drake y Hawkins; muerte del primero, ante Portobelo, de disentería tropical.
- 1595. Desembarco español en Penzance (Cornualles). Cuatro galeras de Carlos de Amézola, que zarparon desde Blavet (Bretaña), quemaron varios pueblos ingleses.
- 1597. Se envía una segunda «Invencible» (a Irlanda). Martín de Padilla-Diego Brochero, Ferrol-Canal, por temporales, perdieron cuarenta barcos.
- 1601-1602. Expedición de don Diego Brochero-don Juan del Águila (desde Ferrol y Lisboa), que desembarcaron en Kinsale y Baltimore. Regresaron en buques ingleses.
- 1602. Campaña de Federico Spínola en el Canal (saliendo de La Esclusa) para asentar una cabeza de puente en Inglaterra. Graves pérdidas ante anglo-holandeses.
- 1604. La corona española firma un ventajoso tratado de paz con Inglaterra (28 de agosto).

Desarrollo de las operaciones

Cuando la reina Isabel recibió la noticia de que la Armada estaba contorneando Escocia, ordenó a la suya salir inmediatamente para las Azores a interceptar las flotas de Indias; sin embargo, esa orden no fue acogida con entusiasmo, pues sus barcos necesitaban reparaciones urgentes, el número de enfermos entre las dotaciones era enorme, y las tropas, recién desembarcadas, estaban «enfermas y hambrientas». Algunos mandos de la armada inglesa (sept. 1588) querían, con fuerzas más modestas, atacar a los rezagados y supervivientes de la Felicísima. Sin embargo, desde ese principio de contraofensiva, las propuestas se ligaron a la invasión de Portugal, aceptando la ventajosísima oferta financiera y comercial del prior de Crato para coronarse rey (dinero, joyas de la corona de Portugal, plazas fuertes y castillos de la costa portuguesa...), y a los posibles apoyos que prestarían los holandeses y nada menos que el sultán de Marruecos, del cual se pretendía que efectuase una diversión estratégica en forma de ataque a las costas del sur de España.

En diciembre de 1588, el gobierno inglés elaboró un plan que concretó en tres puntos:

- 1) destruir los restos de la Gran Armada de Felipe II en los puertos donde se encontrasen (Pasajes, Santander, Ferrol, La Coruña, Lisboa e incluso Cádiz o Sevilla);

- 2) tomar Lisboa, coronar al prior de Crato y disfrutar del acuerdo firmado con este último;
- 3) establecerse en las Azores, para pillar el tráfico español de retorno de América.

Este plan ayudaría a las independencias de los Países Bajos y de Portugal, aminorando el Imperio español; dejaría a Felipe II sin su armada del norte, y destruiría el cordón umbilical que ligaba a América con España.

El objetivo de la explotación del éxito no era baladí, pues lo que quedaba de la Felicísima era mucho e importante. Las pérdidas españolas habían sido evaluadas así: de Santander salieron 23 galeones, 34 naos, 31 urcas y zabras, 9 pataches, 22 menores, 4 galeazas y 4 galeras. Se perdieron 4 galeones, 18 naos y 11 urcas. De estas 33 pérdidas, veinticinco sucedieron en las costas de Irlanda. Además, se perdieron quince pataches y menores, dos galeazas y una galera. De estos dieciocho menores, uno se perdió en Irlanda.

Por tanto, regresaron a España:

- 51 de 130 (según Michael Lewis y Fdez. Duro);
- el 60 por ciento de la Felicísima regresó a Santander (según otros autores).

En cuanto al personal, de La Coruña salieron 25.696 hombres y regresaron 13.399; así pues, las bajas sumaron 12.279 hombres (el 47,8 por ciento de los que salieron). La jornada costó 1,4 millones de reales.

En relación con las pérdidas inglesas a causa de la Felicísima, siempre difíciles de documentar pues los británicos nunca han sido amigos de airear sus fracasos, se evaluaron en 32 buques perdidos y 10.181 bajas, a saber:

- 15 barcos y 4.791 hombres en las acciones de julio y agosto;
- 17 y 5.394, en aguas de Irlanda, durante el mes de septiembre (Michael Lewis).

Después de la arribada a sus puertos de origen, de resultas de la terrible peste que sufrió Inglaterra, murieron muchísimos más.

Decidida a enviar esa expedición a Portugal, a Isabel I le resultaba imposible afrontar el gasto ocasionado por la defensa contra la Felicísima, tanto en la mar como en tierra, por lo que decidió invertir un tercio (20.000 libras) de lo necesario y ofrecer los dos tercios restantes a inversores privados. El propio Drake ofreció poner dos mil libras de su bolsillo si a él se le encargaba del mando naval, y al coronel Norris, del de la fuerza de desembarco. Ambos combinaron sus apoyos financieros y animaron a los capitalistas a invertir en la campaña, lo que movió a la reina a aceptarlos por último como mandos de la expedición. Esos inversores querían ganancias rápidas; no les interesaba nada la explotación del éxito, concretada en la destrucción de los restos de la

Gran Armada: querían *botines* que les resarciesen rápidamente. El nudo gordiano lo desató la reina, que tuvo que duplicar su inversión.

El apoyo al prior de Crato, que debería aportar a Isabel I cinco millones de escudos oro y las joyas de la corona portuguesa (poseedora de uno de los mayores diamantes conocidos entonces, que terminó en manos del zar Pedro I), conduciría al establecimiento de un gobierno títere en Portugal. De este modo, Inglaterra podría alcanzar fácilmente las derrotas atlánticas, quizá con la mirada puesta en el Brasil, que ya había sido atacado por corsarios ingleses y era el emporio del palo de tinte, tan necesario para las pañerías inglesas. Esto recuerda a lo que efectivamente ocurrirá en 1808, cuando los reyes de Portugal se marcharon al Brasil, y el Reino Unido, en la práctica, gobernaba en Lisboa, pasando el gran comercio de Río a Londres sin pasar por la capital del Tajo.

Anticipándonos a la operación en sí misma, adelantaremos que la ayuda marroquí no llegó jamás y que los holandeses, que se habían comprometido a entregar diez mil libras en tropas, barcos, pólvora y abastecimientos, no proporcionaron casi nada y la reina se vio obligada a expropiarles sesenta filibotes (de *fly boats*, típicas embarcaciones de los canales holandeses, capaces también de afrontar la alta mar) que estaban en puertos ingleses, de poco poder combativo y que fueron utilizados como transportes de tropas.

Debido a todos estos preparativos, tanto financieros como operativos, de bien complicada logística, la armada inglesa no estuvo alistada hasta abril de 1589.

¿Son comparables la Contrarmada y la Felicísima?

Aunque creemos firmemente que las comparaciones son odiosas, dados los ríos de tinta vertidos sobre ambas armadas no nos queda más remedio que proceder a su cotejo.

Los mandos españoles, Medina Sidonia y Alejandro Farnesio, dependían solamente de su rey, Felipe II. Este último falló a la hora de coordinarlos. El intentar llevar los negocios de la guerra desde El Escorial, a golpe de correos –que, por otro lado, eran eficacísimos–, condujo a dicha descoordinación; por su parte, los mandos ingleses, Francis Drake y John Norris, atendían tanto a su reina como a los intereses de los inversores en el *negocio* que montaron, lo que fue en detrimento de la unidad de mando.

La expedición inglesa a Portugal contaba con fuerza anfibia, escoltada por veintisiete *men of war*, compuesta por 23.375 soldados y marineros, embarcados, además de en dichos veintisiete *men of war*, en más de cien transportes. La Felicísima estuvo compuesta por 57 naves de guerra, 62 transportes y 35.000 soldados, seis mil de ellos pertenecientes a la propia Armada, la cual salió de La Coruña con 18.973, que tras el R/V, que nunca se produjo, deberían sumarse al ejército de Flandes del duque de Parma.

Como ya hemos dicho, en ambas expediciones los objetivos fueron fijados por el mando. El objetivo de la Gran Armada era único: Inglaterra (aunque

Farnesio disintió en cuanto a la estrategia); los de la Contrarmada, condicionados por los *accionistas*, resultaron *delirantes*.

Finalmente, las acciones mantenidas terminaron en sonoros fracasos en La Coruña y Lisboa, de lo cual se vengaron en la indefensa Vigo. En Cádiz y Sevilla ni lo intentaron. A las Azores trataron de ir de retirada, quizá para cubrir el expediente, pero renunciaron inmediatamente a alcanzarlas. El fracaso español fue achacable al rey, a errores estratégicos de Medina Sidonia, a disensiones de la misma índole del duque de Parma y, aunque esté muy manido, «a los elementos».

Desarrollo de la acción. Santander

La expedición zarpó de Plymouth el 13 de abril 1589. La reina, por suerte para Felipe II, como hemos comentado había perdido autoridad y solamente «insistió» en que el primer objetivo de la expedición era la destrucción de los restos de la Felicísima.

A finales de abril, Drake desistió de atacar Santander u otros puertos del Cantábrico, bien fuese por los frescos vientos del noreste veraniego, bien por la prisa en conseguir presas, el desconocimiento de la costa cantábrica o, según confesó, porque le llegaron noticias de que en La Coruña había «tesoro» y provisiones en abundancia –esto último tenía cierta lógica, pues de allí



Santander desde un satélite. (FUENTE: <https://www.santander.es/sites/default/files/11185242.PDF>)

había zarpado la Felicísima tras reponer víveres y hacer aguada—. No pretendo convertirme en el abogado defensor de Drake, pero la entrada en Santander es, incluso a día de hoy, complicada: canal estrecha, bajos por entonces no balizados y calados tan escasos que, cuando los galeones de la Invencible allí reparados salieron para Pasajes, tuvieron que esperar los repuntes de mareas vivas, ya que el calado no les daba para salvar su barra. La rudimentaria cartografía portulana de la época tampoco ayudaba al intento de entrar allí.

Primer intento: La Coruña

El 4 de mayo de 1589, Juan Pacheco y Osorio, segundo marqués de Cerralbo, capitán general de Galicia, envió en exploración dos galeras para identificar al enorme convoy avistado y prevenido por el vigía de Cabo Prior.

El mismo día, soldados ingleses desembarcaron en La Coruña, en el barrio de la Pescadería. Dominado y saqueado dicho barrio, comenzó el ataque contra la ciudad fortificada, que contaba con cinco compañías de soldados (algunas de los Tercios, con experimentados y aguerridos arcabuceros), más algunos voluntarios que sumaban 1.500 hombres. Las murallas de la ciudad vieja eran antiguas y no estaban abaluartadas. Fondeados cerca de la isla de San Antón se encontraban el galeón *San Juan* (50 cañones), de Juan de Bertendona, uno de los grandes capitanes de la Felicísima; la nao *San Bartolomé* (20 cañones); la urca *Sansón*; el galeón *San Bernardo* (que estaba carenándose), y dos galeras, *Princesa* y *Diana*, de cinco cañones, que encontraron escondite en la ría de Betanzos. Además, algunos barcos huyeron y se refugiaron en Ferrol.



La Coruña (1837). Las fortificaciones abaluartadas no existían en el siglo XVI, pero en los mismos lugares se encontraban los muros de la ciudad vieja con sus cubos, y esa especie de cortadura del istmo que cerraba el barrio de la Pescadería. (FUENTE: <https://lens.google.com/>)



La Coruña (FUENTE: <https://www.google.com/search?tbs>)

El dispositivo defensivo incluía el castillo de San Carlos y el de la mencionada isla de San Antón, que de inmediato respondieron al fuego inglés.

El papel de las galeras fue muy criticado; estuvieron en actitud de rebeldía o de cobardía, desobedeciendo la orden de acudir a La Coruña y quedándose al amparo de la escondida y poco sondable ría de Betanzos.

El 5 de mayo, los ingleses, que creían iban a encontrar allí un gran botín (¿disculpa de Drake para no ir a Santander?), completaron el desembarco utilizando catorce lanchones, que trasladaron a tierra ocho mil hombres de infantería y tres piezas gruesas de artillería. Enseguida, Drake escribió al capitán general, marqués de Cerralbo, para intimarle a la rendición, a lo que aquel no hizo caso alguno.

La reacción de Galicia. Santiago. La acción del puente del Burgo

El temor de autoridades y pueblo no solo estaba alimentado por la posible toma de La Coruña, sino por la amenaza que ello representaría si, vencida y tomada esta ciudad, los ingleses decidiesen acercarse a *visitar* al Apóstol y, de paso, desvalijar Compostela. Por tanto, el arzobispo de Santiago y el conde de Altamira se pusieron en contacto con el capitán general Cerralbo, quien designó al conde de Andrade para mandar las operaciones que se ejecutarían en

socorro de La Coruña, pero fuera de su perímetro. Poco a poco se fueron incorporando a la zona de La Zapateira y el puente del Burgo hasta dos compañías de portugueses, un escuadrón de caballería –que, patrullando la orilla sur de la bahía coruñesa, impidió desembarcos ingleses–, dos compañías de asturianos bisoños del citado conde de Altamira y otras tres del señor de Cayón. Luis Gorrochategui (2020) especifica con detalle todas las operaciones ejecutadas por estas fuerzas, así como por miles de paisanos, armados con sus propios aperos, que reunió Andrade en torno a la cabecera este del citado puente del Burgo. Aquí resaltaremos ciertos aspectos estratégicos derivados de las posiciones de los contendientes.

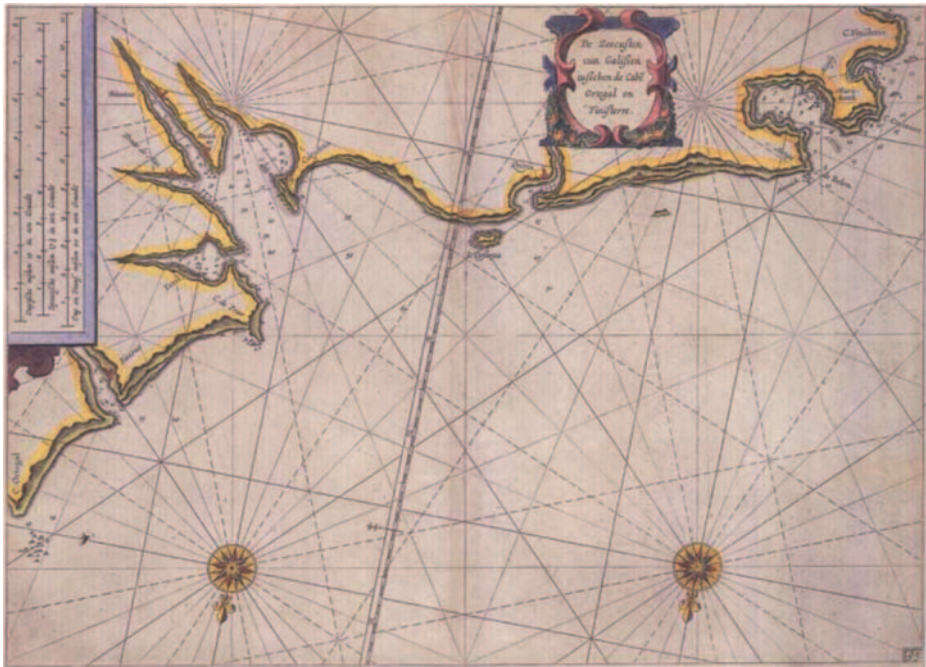
Una vez desembarcados, el muro (o cortadura) de la Pescadería resultó *comfortable* para los ingleses, pues podían dedicarse a pillar el barrio y preparar su asalto a la ciudad vieja; pero cuando, desde dicho muro, empezaron a divisar miles de hombres y cientos de caballos cuyo verdadero *estado de fuerza* ignoraban, comprendieron que no tenían la espalda tan bien guardada como creían; por tanto, intentaron salidas e incluso una especie de *paso honroso*, en el que caballeros ingleses montaron un ataque en dos filas, armadura con armadura, que cubrían toda la anchura del puente y, avanzando por él hasta la orilla opuesta, buscaban montar una cabeza de ídem hacia Betanzos, etapa obligada a Santiago, y dominar así toda la orilla sur de la bahía coruñesa –esta tentativa de cruce era la tercera; las dos previas, debido a la estrechez del Burgo (tres metros) y a la bravura de sus defensores, habían resultado un fracaso–; sin embargo, la habilidad de Andrade para disolver a sus paisanos y mandarlos a sus casas provocó que resultasen estériles las grandes pérdidas sufridas por los de Norris durante esa acción, pues ni intentaron seguir adelante ni consolidaron la cabeza de puente, quizá temiendo a ese disuelto ejército que podría caer más adelante sobre ellos. Así pues, enseguida volvieron a La Coruña, donde permanecieron hasta que se ordenó el reembarque. Verificado que fue este, en Santiago de Compostela renació la calma.

Las retiradas

En La Coruña, tras trece días de combates y habiendo arrasado la Pescadería, los atacantes intentaron montar, desde un convento próximo a la muralla de la ciudad vieja, el asalto final, luego de volar uno de los cubos de la muralla con una mina excavada cerca de una de sus puertas. Entre otras bravuras de los defensores se destacó la acción de María Pita, símbolo de todas las mujeres que allí lucharon, la cual, al dar muerte a un alférez (abanderado) inglés que lideraba el asalto tras haber logrado abrir brecha, contribuyó a que los enemigos se retiraran a la Pescadería con sensibles pérdidas humanas.

En las acciones navales que tuvieron lugar en la bahía coruñesa para apagar los fuegos de galeones y castillos, los asaltantes perdieron dos barcos.

Para Drake, lo más rentable del episodio coruñés fue la aprehensión de enormes cantidades de comestibles (galletas, salazones de pescado, cecinas y



Carta portulana de La Coruña (1623). Fíjese bien el lector en esta carta, levantada veinticinco años después de los hechos que nos ocupan. El desconocimiento de la costa española que evidencia pudo influir a la hora de descartar Santander

tocinos) que el gobernador español no puso a buen recaudo en la ciudad antigua cuando percibió la amenaza. Esos víveres compensaron la escasez con que la expedición había zarpado de sus bases; sin embargo, también hubo algo negativo en ese botín: el vino, al cual, como en otras ocasiones, se haría responsable de las tropelías y asesinatos causados por sus tropas e incluso de las enfermedades sobrevenidas entre ellas.

La armada inglesa zarpó de La Coruña el 8 de mayo de 1589; el 13 próximo siguiente, en aguas de Bayona de Vigo, hicieron R/V con los buques del tercer conde de Essex y de sir Robert Willians, que habían zarpado semanas antes de Falmouth. El conjunto gobernó al sur en demanda de Lisboa.

Segundo intento: Lisboa

La expedición siguió rumbo a Lisboa, para cumplir lo pactado con el prior de Crato. Pero, en vez de escoger Cascaes como playa de desembarco –cosa rara, pues debería conocer el inmediato antecedente del duque de Alba, que había desembarcado allí para tomar Lisboa en el precedente año

de 1580—, seleccionó la de Peniche, setenta kilómetros al norte de Lisboa y defendida por una fortaleza. Allí, el 16 de mayo del mismo 1589, desembarcó Norris con doce mil hombres y algo de caballería, fuerza que tuvo que emplear dos días en reducir la guarnición de 1.500 hombres que defendía su castillo y que terminó en parte huida y en parte rendida. Sin solución de continuidad, Norris debió planear una marcha hasta Lisboa (a un ritmo de diez kilómetros diarios), sin artillería de sitio —pues la reina no envió la que había prometido— y sin haber recibido el gran apoyo popular que había augurado el prior de Crato; así lo aseguraba A.H. de Oliveira Marques en 1995: «Felipe II senhoreava Portugal de tal maneira que não se registrou levantamento popular a favor de D. Antonio». Asegurado Peniche, donde Norris dejó guarnición, los expedicionarios se dirigieron a Torres Vedras, posición clave para dominar estratégicamente Lisboa, donde se proclamó rey al mencionado don Antonio.

Drake, cuyas relaciones con Norris no eran excesivamente cordiales, fondeó en Cascaes y no intentó forzar la entrada en el Mar da Palha, pues las dieciocho galeras de don Alonso Bazán, a las que más tarde se incorporarían las del adelantado de Castilla, don Martín de Padilla, fondeadas convenientemente le disuadieron de tal cosa; por tanto, se dedicó a la detención del tráfico marítimo (principalmente el hanseático, que abastecía de trigo a varios países europeos), lo cual le proporcionó varias presas que, en general, no fueron buenas y hubieron de ser devueltas tras el regreso a Inglaterra.

Tras una sucesión de penosas marchas, con muchas dificultades para abastecerse de comida y gran facilidad para conseguir vino y aguardientes (otra vez esa constante...) que minaban a las tropas, Norris inició su primer intento de asalto a Lisboa, pero tras sufrir trescientas bajas se retiró. La caballería del conde de Fuentes lo hostigó continuamente y contribuyó a la desmoralización de los combatientes ingleses. Los partidarios del prior continuaban sin aparecer. Las galeras, con su artillería, hicieron fuego naval de apoyo sobre la orilla ocupada por los británicos, que cometieron el error de acampar muy cerca de los muros de Lisboa, lo que facilitó al mando español montar una «encamisada» (acción ofensiva, normalmente nocturna, así llamada porque los soldados se vestían una camisa blanca por encima de sus armaduras como medida de identificación), salida que causó grandes destrozos entre los asaltantes, a los rezagados de entre los cuales la caballería española continuó luego aguijoneando. También el calor cooperó en la defensa de la capital lusitana; así lo declararon varios de los capitanes ingleses, quienes incluso tuvieron que ordenar descargar los carros de la impedimenta para llenarlos de «desmayados por el hambre y el calor». Ante ese cúmulo de dificultades, Norris ordenó la retirada hacia Cascaes, durante la que sufrió el fuerte y constante hostigamiento de los hispano-lusos.

Los primeros informes ingleses acusaron a Drake de incumplir sus promesas de municionar a las tropas a medida que avanzaban hacia el objetivo y de forzar la barra, fondeando ante Lisboa para cercarla por tierra y mar, y destruyendo con sus fuegos las defensas a su alcance.



Vista de Lisboa con su muralla

Ante el peligro de verse acosados por una armada española (la citada del adelantado de Castilla, que acudió en socorro de Lisboa), Norris, de acuerdo con Drake, ordenó el reembarco de su gente el 18 de junio de 1589, dejando mucho material en tierra. La Contrarmada levó y zarpó, en principio en demanda de las Azores, como se había acordado en el correspondiente consejo de guerra.

Tras la salida, la armada inglesa quedó encalmada en aguas de Lisboa y fue atacada por las galeras de Alonso Bazán (gracias a la movilidad que proporcionaban los remos) y del adelantado de Castilla (quince galeras y seis brulotes que se incorporaron el 15 de junio de 1589), que la sometieron a un duro castigo. Los ingleses perdieron cuatro buques (de entre 300 y 500 t), un patache y una lancha de veinte remos; cuando saltó el viento, y ante la reacción de Drake, las presas tuvieron que ser quemadas, pero continuó el acoso sobre la retaguardia inglesa, a la que apresaron tres buques más.

Peniche, Madeira, Vigo, Azores...

Libre de aquel enjambre de galeras, Drake decidió arrumbar al norte (a las Azores), en principio para recuperar a la guarnición que habían dejado en Peniche; mas, ante las dificultades encontradas, la abandonaron a su suerte.

Perdida la sorpresa inicial, con las tropas de desembarco diezmadas por los combates y las dotaciones enfermas (solo quedaban dos mil hombres aptos para combatir), Drake decidió olvidarse del objetivo de las Azores. Un temporal provocó nuevos naufragios y muertes entre los suyos, tras el cual algunos (los seis del capitán Foster) recalaron en la pequeña isla de Puerto Santo, en Madeira, donde pillaron lo que pudieron. Los de Drake, empujados por el sudoeste, el 29 de junio de 1589 fondearon al abrigo de las islas Cíes, que

dominan las dos bocas de la por entonces indefensa ría de Vigo. Tras el correspondiente consejo de capitanes, se acordó entrar en la ría, formar una modesta fuerza con los citados dos mil hombres que quedaban, y desembarcar en la pequeña aldea de Vigo al día siguiente. El capitán español que defendía Vigo, Fernán Pereira, decidió aplicar la misma medida estratégica que había utilizado Andrade en el coruñés puente del Burgo: abandonar la villa con su pequeña tropa y población. Así, cuando los ingleses entraron en ella, sintiéndose en confortable y segura situación, se dedicaron a arrasarla tras pillar lo poco que encontraron. Con notables muestras de indisciplina, intentaron continuar su pillaje en la campiña circundante, pero allí los esperaban, emboscadas, las tropas de Pereira, que les causaron hasta trescientas bajas. El 1 de julio inmediato siguiente, las huestes del señor de Salvatierra (quinientos hombres) llegaron a las cercanías de Vigo, donde se unieron a otros destacamentos que habían acudido con el mismo fin. Estas fuerzas iban a provocar muchísimas más bajas entre los ingleses, que reembarcaron ese mismo día y zarparon al siguiente para ganar la alta mar.

Previamente, Drake había tomado la decisión de seleccionar veinte de sus mejores barcos y tripularlos con la marinería y tropa que quedaba sana. Su propósito era dirigirse a la Azores e intentar alcanzar el soñado objetivo de la reina: apresar la flota de Indias. El resto de la armada, con Norris a la cabeza, debía regresar a Inglaterra. Sin embargo, el viento desfavorable, y quizá el estado de esas *escogidas* dotaciones, obligó a Drake a ordenar el regreso de toda la expedición. El 10 de julio fondeaba en Plymouth, donde comprobó con sorpresa que Norris aún no había arribado. Este último llegó, por fin, el día 13 siguiente y, al parecer, su reacción al ver al almirante fondeado en la bahía fue de lo más violenta. Finalmente, ambos se las arreglaron para disimular ante la reina y su gobierno su enorme fracaso; fracaso que, siguiendo una sana costumbre inglesa, dicho gobierno trató de ocultar por todos los medios.

Pérdidas inglesas

Los ingleses cosecharon una derrota militar y un fracaso económico, pues perdieron nueve buques; sus pérdidas humanas (siempre difíciles de encontrar) oscilaron, según sus historiadores, entre seis mil y diez mil hombres, muchos de ellos por enfermedad.

Al llegar a Londres, tuvieron grandes dificultades financieras. No pudiendo abonar las pagas devengadas a la marinería y tropa, los soldados se amotinaron y acudieron a Londres en demanda de sus estipendios, pero fueron detenidos, y los cabecillas, ahorcados.

Fernández Duro señala la gran disparidad entre los datos proporcionados por los historiadores ingleses, unos para esconder la magnitud del fracaso, y otros por disentir en el relato del plan, en las disposiciones tomadas y en la composición de las fuerzas que zarparon de Plymouth. Como decíamos al principio, cuando esas polémicas tuvieron lugar, no se la conocía como



Ría de Vigo, 1702 (FUENTE: www.bing.com)

«Contrarmada»; algunos la calificaron de «gran expedición», y otros, de «empresa corsaria»

Las pérdidas españolas en vidas humanas se estimaron cercanas a los mil hombres. Entre las materiales, las más importantes fueron las de La Coruña, cuyo barrio de la Pescadería fue destruido y que sufrió daños en la muralla y los arrabales de la ciudad vieja; además, los ingleses se llevaron una enorme cantidad de víveres y una partida considerable de cañones de bronce. Los estragos en Portugal fueron menores, pues el prior de Crato dio orden de no extorsionar al campesinado, orden que, finalmente, tuvo que anular en vista del hambre que sufrían las tropas inglesas. En Vigo hubo que rehacer el case-río y, a partir de ahí, comenzarían a proyectarse sus nuevas defensas.

Bibliografía

- CLAUSEWITZ, Carlos (1978). *De la guerra*. Madrid, Ediciones Ejército.
- DOMINGUES, Mário (1965). *O prior do Crato contra Filipe II. Evocação histórica*. Lisboa, Romano Torres.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo (1972). *Armada española* (9 vols.) II y III. Madrid, Museo Naval (ed. facs.)
- (1884). *La Armada Invencible* (2 vols.) Madrid, Sucesores de Rivadeneyra.
- GONZÁLEZ-ARNAO CONDE-LUQUE, Mariano (1995). *Derrota y muerte de sir Francis Drake. A Coruña 1589-Potobelo 1596*. Santiago de Compostela, Xunta de Galicia.

- GORROCHATEGUI, Luis (2020). *Contra Armada. La mayor victoria de España sobre Inglaterra*. Barcelona, Crítica.
- KELSEY, Harry (2004). *Sir Francis Drake: el pirata de la reina*. Barcelona, Ariel.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique (2020). *Felipe II. Hombre, rey, mito*. Madrid, La Esfera de los Libros.
- OLIVEIRA MARQUES, A.H. (1996). *Breve história de Portugal*. Lisboa, Presença (2.ª ed.) [1.ª ed., 1995].
- PI CORRALES, Magdalena de Pazzis (1983). «*La otra Invencible*» 1574. *España y las potencias nórdicas*. Madrid, San Martín.
- RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín (2011). *Drake y la Invencible*. Madrid, Sekotia.

